

## **¿CÓMO TE PUEDO DECIR?**

### **NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO**

#### **DE OSCAR LANDI**

de Eduardo Rinesi,  
Colihue, Buenos Aires, 2013.

LEONARDO EIFF

Universidad Nacional de General Sarmiento /  
CONICET

#### **Las aventuras de la democracia**

Existen muchas formas de encarar una biografía. Horacio González, en alguno de sus textos, destaca dos, antagónicas: la conjetural, con la que Borges ilustra la vida de Carriego, y la totalizadora, con la que Sartre investiga la neurosis de Flaubert. Dentro de ese arco conviven diversas formas de la biografía (que es siempre un modo de la autobiografía): las bien datadas, las ensayísticas, las imaginarias, las distantes y las sentimentales. Todas ellas suponen un fuerte grado de empatía entre los dos personajes del drama: el narrador y su héroe. En ese marco emerge la variante de la biografía intelectual, que opta por el recorrido textual e invierte el gesto clásico con el que las biografías hacen surgir los textos de los avatares de la vida. La biografía intelectual actúa al revés: se sitúa en el rostro público de la vida y rastrea desde allí, desde los textos del autor, el sentido de su existencia intelectual. Eduardo Rinesi ha escrito, como

señala el mismo González en el prólogo, una biografía intelectual para escudriñar la trayectoria teórica, conceptual y política de su maestro Oscar Landi.

Desde ya, el abordaje textual incluye las lecturas que forjaron el itinerario de Landi: las argentinas, desde ya, y las francesas de los años existencialistas hasta los estructuralistas y sus derivas «post». Reconstruyendo ese contexto, Rinesi arriesga una de las hipótesis cruciales del libro: las lecturas iniciales de Landi, sobre todo la de Merleau-Ponty, explican el sentido de su itinerario, formando un núcleo de preocupaciones que atraviesa los cambios y las diversas adscripciones ideológico-políticas: se trata de la teorización –primero contra la idea de una marcha de la historia signada por fuerzas sociales objetivas, después contra la metáfora de las reglas de juego para pensar lo político– de la afinidad entre *lenguaje* y *política* a partir de una fenomenología de lo social que destaca el carácter contingente-

te, indeterminado, móvil, del entramado de relaciones que filosóficamente se menta como el *mundo*. Rinesi sugiere que Landi —comunista, peronista, «transitólogo», «especialista en medios de comunicación»— fue siempre, y ante todo, un «merleau-pontyano». No en el sentido de haber sido «un especialista» en Merleau-Ponty, sino en el sentido más profundo de que tomó de él un conjunto de nociones que le permitieron pensar la complejidad del mundo político y social, como sugiere el propio Landi en una entrevista con *El ojo mocho*, ante una pregunta del propio Rinesi en la que se encontraba quizás, *in nuce*, una de las hipótesis cruciales de este libro: «—Se podría decir que Merleau-Ponty sigue orientando tus preocupaciones..., ¿no? —Sí. No en el sentido de que sea un merleau-pontyano (...) Pero sí en el sentido de ayudarme a pisar un terreno teórico, a enfocar, abrir cuestiones, maneras de enfocar que él dejó inacabadas». (*EOM*, N° 16: 64). En ese sentido, Landi era un merleau-pontyano, como Carlos Correas era un sartreano sin haber escrito prácticamente nada sobre la filosofía de Sartre.

En efecto, el joven Landi, militante del PC, tenía el mismo enemigo teórico-político que Merleau-Ponty: el marxismo ortodoxo soviético. Abastecido por sus lecturas fenomenológicas, por la heterodoxia de Héctor Agosti y por la concepción gramsciana de la hegemonía, Landi comenzó a discutir el postulado medular

de la ortodoxia marxista: el determinismo objetivo de los sucesos histórico-sociales. En el campo de debates marxistas —sobre todo franceses e italianos— que lo inspiraban, a la crítica de la objetividad social le anteponía, o bien la primacía de la subjetividad o bien la del lenguaje y lo político. Es la diferencia entre Sartre y Merleau-Ponty: si Sartre buscaba inscribir la cuestión de la subjetividad existencial, a través de la temática de la alineación, en el seno de la problemática marxista, Merleau-Ponty reveló que la crítica de la objetividad se solapaba con la de la subjetividad. Así, gracias a Merleau-Ponty, Landi se «ahorró» la jerga conceptual del estructuralismo «duro» o las exigencias más empobrecedoras de las filosofías del lenguaje, para poder desplegar su crítica del marxismo y acometer el «giro lingüístico». En la obra de Merleau-Ponty, éste supone lo político, entendido, como diría Lefort, como institución de lo social.

Rinesi destaca el vínculo estrecho que existe, en la obra de Landi, entre la creciente preocupación por la *reversibilidad* entre la política y el lenguaje y el interés por pensar la democracia en sus diversas facetas: el régimen, el orden, la transición, la experiencia. Sin embargo, la atención dada por Landi al fenómeno peronista hace sospechar que su crítica a la objetividad fija de las identidades sociales y su revelación de los componentes retóricos de los conceptos políticos con los que nos

manejamos para inteligir lo que ocurre, fueron previas a los años en los que el clima intelectual de la transición democrática las volvería sentido común. Su interés por el peronismo le allanó a Landi el camino para sospechar, en los años 80, de las nociones y los juicios más previsibles de la «transitología». La lectura que hace Rinesi de los trabajos de Landi ventila otro modo de trazar la relación entre peronismo y democracia, que acaso se sostiene sobre la conexión que puede proponerse entre dos fechas cruciales de la historia política argentina: 1973 y 1983.

La primera condensa un intento notable, que, por supuesto, se mostrará inviable, aunque no por eso menos sugestivo: el de combinar la fuerte movilización popular —que venía en ascenso desde el «Cordobazo»— con un sistema político pluralista. El peronismo de los 70 ensaya una reconversión de su ideología obrerista, anti-oligárquica y «organicista» de los 40, pero no para negarla, sino para inscribirla en una nueva configuración que incluya el «juego de las instituciones». Así, Perón promueve la institucionalización política del país sin enarbolar una ideología de la desmovilización social, buscando articular la creciente politización de las masas con una *cultura política*. Frente a las narraciones revolucionaria y reaccionaria que parecen disputarse la interpretación de ese período, ese ensayo de articulación resultará fructífero para pensar la política

argentina de comienzos de los 80, cuando el país se aprestaba para salir de una nueva dictadura y se trataba de producir un orden democrático capaz de convivir con la participación popular. Rinesi recorre los trabajos de Landi durante los años 80 con el señuelo de esta articulación y nos descubre la «originalidad» de su reflexión: Landi, sin ser ajeno al discurso de la «transición», y compartiendo varios de sus presupuestos, no renuncia a la vieja cuestión del «sujeto popular», porque lo que para él hace democrática a la democracia no es el simple acatamiento de las reglas de juego constitutivas de las instituciones, sino su anclaje en la vida popular. Landi busca algo más que instituciones democráticas: busca una escena pública democrática.

Claro que esto no implica una confianza ingenua en la potencia de lo popular ni la creencia en la encarnación de la voluntad popular en un líder plebiscitado. No pueden dejar de verse los riesgos y las tensiones de esa apuesta por una democracia más popular que liberal, pero, precisamente, las aventuras de la democracia suponen la aceptación de ese riesgo, la experiencia de esas tensiones —«creativas», como las llama el vicepresidente de Bolivia García Linera—. Es que la democracia pensada desde el conflicto y la contingencia sólo puede experimentarse cuando en el centro de la escena se encuentra la esfinge de lo popular; en cambio, el vaciamiento de esa escena provoca un debilitamiento de la

vida democrática. Es la paradoja del liberalismo «democrático»: la transformación del pueblo-ciudadano en espectador pasivo, la reducción de la ciudadanía democrática al derecho de sufragio y la sospecha hacia cualquier forma de participación popular que desborde este esquema pretenden consolidar una separación entre representantes y representados que permita el desarrollo del juego institucional, pero esa separación, que progresivamente vuelve más y más inaudibles «las voces de la calle», deja a las instituciones a merced de los poderes corporativos.

Habíamos comenzado esta reseña distinguiendo las biografías intelectuales (públicas) de las biografías a secas, que, por así decir, hacen de lo privado el sustituto de lo público. Sin embargo, esta biografía intelectual de Landi no es ajena al «pacto biográfico», con lo cual nuestra distinción parece trastabillar. En efecto, el ensayo está regado de anécdotas (incluida la reflexión que abre el libro sobre la muletilla distintiva de Landi) que muestran diversos momentos de la relación entre el

autor y su personaje, cuya clave autobiográfica es la *bildung* de Rinesi en el contexto de las ciencias sociales y de los debates políticos de la «transición». No obstante, el meollo de la imbricación entre el repaso conceptual por los textos y los retazos vivenciales que ayudan a comprender el marco de discusión teórico-política se revela en la cuestión *política* crucial del ensayo: la relación tormentosa entre peronismo y democracia. Ese vínculo parece ser, para retomar a Merleau-Ponty, la *carne* —una encarnación reversible y abierta, inagotable— de *lo político* en de la sociedad política argentina. Por eso, el ensayo acaba con un lamento por lo que Landi, muerto a comienzos de 2003, no alcanzó a ver: la irrupción del kirchnerismo, que acaso combina las potencialidades populares del 73 con la promesa alfonsinista del 83. Por muy poco tiempo, por casi nada, dice Rinesi, Landi se perdió la posibilidad de examinar esta vigorosa respuesta a su búsqueda teórico-política medular: la búsqueda de la primacía de la política en un cuadro democrático-popular.